

## FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS, Naturalista<sup>3</sup>

Pablo Montoya<sup>4</sup>

No fue imaginativo para los asuntos del amor y la política. La intuición que tuvo para los de índole natural, en cambio, fue sorprendente. Con un cuadrado de círculo, termómetros y un octante que él mismo fabricó, se la pasó midiendo temperaturas y presiones atmosféricas, observando planetas y levantando cartas geográficas de los pueblos visitados. Su padre, un español radicado en Popayán, quiso que fuera jurisperito. Logró sacarle un registro de pureza racial y lo mandó a estudiar al Colegio de Nuestra Señora del Rosario. No fue falso ese papel, hay que señalarlo, porque en la lejana estirpe de Caldas hay un tal Iñigo Arista, rey de Navarra. Pero, ¿de qué sirve ser descendiente de poderosos cuando se está cayendo en una pobreza inatajable? Porque Caldas y los suyos eran criollos nobles venidos a menos, y la hidalguía no le sirvió de nada en la represión de Pablo Morillo que vendría luego. ¡Pobre Francisco José! Siempre anduvo pidiendo socorro económico a sus amigos, que sí sabían lo que era el dinero y manejaban algo del presupuesto colonial. Siempre estuvo quejándose de la precariedad en la que vivía, del abandono en que se le tenía. Gran parte de su correspondencia es un *lamentato sostenuto* por esa barbarie cultural en la que nació, creció y murió. Caldas supo que su drama fue poseer un amor intenso por la sabiduría en una sociedad estulta. ¿Qué habría pasado si Caldas, por ejemplo, hubiera nacido en Fran-

---

3 Este texto pertenece al libro *Adiós a los próceres* (Bogotá: Grijalbo, 2010), p. 166. Publicación perteneciente a Random House, entidad que autorizó al autor esta publicación con fines académicos.

4 Escritor y profesor titular de literatura de la Universidad de Antioquia. Ha publicado libros de cuentos, novelas, ensayos y prosas poéticas. El conjunto de su obra ganó el Premio Iberoamericano de letras José Donoso (2016). Con *Tríptico de la infamia* ganó el premio internacional de novela Rómulo Gallegos (2015) y el premio de narrativa José María Arguedas de Casa de las Américas de Cuba (2017).

cia o en Alemania o en Italia o en Suecia? Pues que habría sido un gran científico: una especie de Newton, de Galileo, de Lineo, de Buffon. Por morir a mitad de camino, y no publicarse sus descubrimientos cuando debían para aportar al avance de las ciencias, Caldas llegó solo a ser el desmesurado sabio de una patria embobecida. Sus años en aquel colegio, lleno de jóvenes prospectos de la revolución, fueron tediosos. Él bostezaba con las leyes, el chocolate santaferño lo indigestaba, sus profesores teólogos lo conducían a esos decaimientos del ánimo que hoy llaman depresión. Con Camilo Torres, su primo, trataba de superar el aturdimiento bogotano, pero Torres era justamente el paradigma de ese grupo social solemne hasta el marasmo. Mejor dicho, Francisco José sentía que era más importante ver una luna eclipsada desde la hacienda familiar en Paispamba, o el despertar de una orquídea en el ascenso al volcán de los Coconucos, que establecer un código esclavista en Cartagena de Indias, o el límite territorial de un hacendado en Santafé para expulsar indígenas. Cuando obtuvo el diploma de Bachiller en Filosofía y en Derecho, hastiado de tanta perdedera de tiempo, regresó a su ciudad y encontró el camino. Pero decir esto quizás sea exagerado. Caldas jamás encontró el camino de su pasión. O si lo encontró, este estuvo vapuleado por la frustración. Hay rumbos confusos, como el suyo, que la historia nacional valora con algazara. Los militares colombianos lo celebran como su epónimo científico experto en fortalezas neogranadinas para enfrentar a los españoles. Los académicos lo siguen viendo como el gran científico de una época heroica. Pero ambas premisas tambalean al primer escrutinio. Caldas jamás combatió contra España, y si dijo alguna palabra en contra de su gobierno, se arrepintió al final de sus días con un tono entre humillante y desalado. Lo de él, en verdad, fue pelearse contra criollos neogranadinos centralistas en los años de esas idiotas reyertas. Además, las fortalezas de Bufú, de la Cana y el Telégrafo, que ayudó a construir por los lados de Antioquia, cuando se enroló bajo las órdenes de Juan del Corral, fueron diseñadas torpemente, y el enemigo que debían detener entró por otra parte. Y frente a lo segundo, hablar de una Colombia científica es un típico caso de la hipérbole. Un país que ha pasado casi toda la vida gastándose su plata en guerras y más guerras —contra federalistas, contra centralistas, contra liberales, contra conservadores, contra radicales, contra draconianos, contra gólgotas, contra comunistas, contra guerrilleros, contra paramilitares, contra narcotraficantes, contra terroristas— qué va a tener dinero para la investigación. Y se sabe que la

ciencia sin dinero es como una casa en el aire, parecida a esas viviendas que prometen los enamoradizos costeños a sus amantes ingenuas. Ahí está, pues, Caldas, en los inicios de la ciencia colombiana, para demostrar con largueza su enclenque condición atávica. El gran descubrimiento de la hipsometría que se le atribuye por ahí, aquello de medir la altura de las montañas con el termómetro hervido, nadie lo registró. Salvo él en unas epístolas amistosas y una memoria que fue publicada muchos años después, cuando el hipsómetro ya lo habían construido y perfeccionado otros. Caldas se la pasó pidiendo plata a gobiernos avaros. Plata para hacer una gran carta geográfica del reino que estaba por fallecer, o del país recién formado. Plata para hacerse a instrumentos y a libros más actualizados. Plata para comprar papel que sus herbarios reclamaban. Plata para hacer del Observatorio de Santafé de Bogotá un sitio más o menos digno de un astrónomo y no el cuarto de San Alejo que parecía condenado a ser. Plata, finalmente, para comer durante sus largas travesías y poder curar sus fiebres tercianas y sus dolores de cabeza. Como respuesta recibía silencio, indiferencia, libranzas flacas con las que tenía que bandearse. Si no hubiera sido por un mecenas que apareció, José Ignacio de Pombo, que le ayudaba desde Cartagena de Indias, y por José Celestino Mutis que, desconfiado, le mandaba algunos pesos desde Santafé, Caldas se hubiera colgado de un árbol. Lo suyo fue un intento fallido de iluminar a los otros e iluminarse a sí mismo en una región inclinada a las tinieblas de los fanatismos y a la violencia de la guerra. Pero él fue perseverante como el que más, y nunca tuvo sosiego en su vida de buscador de verdades. Acaso esto es lo que debe celebrarse de su paso por Colombia: la terca pasión del intelectual en medio de la continua estupidez. En su juventud le prohibieron leer por las continuas cefaleas que le sobrevinían, pero lo hacía a escondidas, o se hacía leer por el esclavo que lo acompañaba en sus itinerarios. Debía dormir y se la pasaba despierto hasta la madrugada, viendo con sus lentes rústicos el resplandor de las estrellas. Con todo, de algo había que vivir en esos años. Como la crisis económica de la familia crecía, Caldas hubo de vender estameñas en los mercados pueblerinos. Pero las mulas con las mercancías se le iban por los barrancos, le fiaba a todo el mundo, y en un país miserable como el suyo nadie podía pagarle. Mientras tanto, en su ir y venir por Silvia y Timaná, por La Plata y Pital, el aprendiz de sabio encontraba a la naturaleza. El desposorio entre hombre y paisaje se producía muy románticamente. Caldas observaba los árboles, dibujaba sus hojas, sus frutos, cla-

sificaba las flores. No sabía muy bien cómo hacerlo, porque aún no conocía los libros indicados para ello. Esos libros de botánica, de astronomía y de geografía que siempre estuvo pidiendo desde su ignara provincia del sur, y que le iban llegando a pedazos, tardíamente. Pero su pertinacia era invencible. Se decía algo así como: “Qué importa que mis plantas ya hayan sido nombradas, que mis montes ya se hayan medido, que mis ríos y quebradas hayan sido trazados en las cartas; lo que importa es que yo las estoy nombrando, midiendo y trazando ahora!” La Nueva Granada era, para sus ojos negros e indagadores, una mano incógnita que poco a poco iba abriéndosele. Y en medio de esos columpios del ánimo, donde hoy se sentía como un Adán americano y mañana el palurdo del culo del mundo, se zambullía en los ríos, sopesaba las aguas, miraba los peñascos que encajonaban esos cauces turbios y sin nadie. Luego cogía las arañas para experimentar los venenos en su propio cuerpo. En Santafé, Mutis supo por fin que por los lados de Popayán había un cuzumbo solo que trabajaba con las uñas y que todo lo que medía y observaba era asombrosamente bien medido y bien observado. No tardó la Divina Providencia en poner en la misma trocha al maestro gaditano y al discípulo popayanejo. Pero antes se les atravesó una presencia deslumbrante, la *vedette* naturalista que habría de robarse todas las luces escénicas de la época: el barón de Humboldt. Venía con el botánico Aimé Bonpland haciendo su travesía por América. El prusiano lo ovacionaba todo -mares, selvas, llanuras, desiertos, montañas, algunos mancebos nativos- y la América que sus ojos columbraban no era más que un recuento sin fin de maravillosos pasmos. Habló con Mutis en Santafé y este recomendó, como compañeras de aventuras, la inteligencia de Caldas y sus mediciones astrales tan correctas. “¿Y su apariencia física?”, preguntó Humboldt con picardía maricona. Mutis le tomó del brazo para decirle: “Un poco endeble pero puede resistir las penurias de su expedición magnánima”. Cuando se encontraron en Ibarra, el prusiano sospechó que Caldas era como todos esos payaneses prepotentes que acababa de ver en su paso por la ciudad de blancas edificaciones: dueños de una cultura mucho mayor de lo que se podía esperar, pero mucho menor de lo que ellos creían. Sin embargo, Humboldt, profuso en aclamaciones, también encomió al neogranadino. Lo felicitó por algunas de sus medidas astronómicas y cartas geográficas. Durante semanas compartieron conocimientos y experiencias.

El barón le facilitó al criollo los libros, las cartas, los instrumentos que transportaba. Caldas se regocijó porque avanzaba como jamás lo había hecho. La bóveda celeste se le explayó con el alemán y las plantas se tornaron abundantes con el francés. Perfeccionó su método de establecer los eclipses. Se volvió perito en el uso de las péndolas y los telescopios. Aprendió a clasificar mejor las flores. Pero como era tan iluso como hipochondríaco, ya se vislumbraba acompañando a los dos viajeros. Se imaginaba recorriendo Perú, México, Cuba y las otras islas de las Antillas. Llegó hasta pensarse en París, en Madrid, en Berlín departiendo con las grandes lumbreras de esos tiempos. Todo era fantasía y delirio, suposiciones y esperanzas, fin de la oscuridad e inicio del fulgor, cuando Humboldt lo trastocó por un quiteño de apellido Montúfar. Ante el despecho y los celos de verse cambiado por un joven bonito aunque cateto, Caldas se recuperó con rapidez. Le pidió a Mutis que lo nombrara miembro de la Expedición Botánica de la Nueva Granada y lo pusiera a recorrer un reino que se estaba envejeciendo de tanta novedad no descubierta ni estudiada. De este modo, Caldas atravesó las provincias de Quito y Popayán, y dejó de su paso una gran cantidad de anotaciones, de herbarios, de cartas. Sus descripciones comprendían dos volúmenes gruesos; seis mil esqueletos disecados conformaban sus herbarios; reunió centenares de semillas, cortezas, piedras, pieles de animales. Al llegar a Santafé, una recua de dieciséis acémilas transportaba el fruto de su perplejidad ingente. Mutis, el protector, no podía creerlo. Cuando lo divisó desde su balcón capitalino, le entró por el payanés una ternura que terminó prometiéndole lo que jamás cumpliría. Porque la verdad es que Mutis murió y no le dejó a su discípulo amado ni siquiera una lámina vegetal de su expedición, ni siquiera un doblón de su riqueza innumerable, ni siquiera un tratado de meteorología, ni siquiera una camándula o una novena a la Virgen María engarzada en un barómetro. Y a casi todo este material recogido por la primera generación de sabios colombianos, como si con ello se perfilara todavía más el destino de la investigación científica entre nosotros, se lo llevó la inmundicia de la guerra, los naufragios marítimos, las polillas del Jardín Botánico de España, que son tan hambrientas como las de cualquier villorrio del Nuevo Mundo. Sobrevino entonces la Independencia y su cadena de efectos catastróficos. Uno de ellos fue que las obligaciones cosmográficas de Caldas dieron espacio a las preocupaciones militares. Las estrellas y las flores se trastocaron por los cañones y las fortalezas. Otro fue el alboroto que le impidió ver a su esposa des-

de hacía unos meses. Manuela Barahona y Francisco José de Caldas se habían conocido por encargo y por encargo se habían casado. Lograron verse en la Mesa de Juan Díaz, meses después de la boda por poderes, y consumir el amor. ¡Ah!, el amor en Caldas fue como un cometa de fuego reducido. En esa época, en realidad, los oficios de la cama se hacían velozmente, porque la guerra lo absorbía todo con premura autoritaria. Pero la verdad es que la Barahona amó a Caldas hasta que la muerte los separó. Ahora bien, durante la Patria Boba, Caldas se lanzó a defender la causa federalista que presidía su primo Camilo Torres. Para entonces se encargaba de la redacción del Diario Político y Militar. Sus jefes ya no eran curas, ni arzobispos, ni virreyes de la Corona, sino capitanes, coroneles, generales del ejército de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. En sus misivas de esos años no se encuentra una explicación convincente de por qué el amor por las ciencias dio paso a la pasión por las armas. Pero es la libertad, una explicación; la defensa de una nación monárquica y católica, la otra; la salvaguarda de los intereses de los oligarcas de las Provincias Unidas, otra más. Caldas se sumergió entonces en el equívoco y vomitó de nuestros contra el tirano Nariño y loas contra el bondadoso Torres. Después cayó en Antioquia, tierra iracunda y camorrista, y Juan del Corral lo nombró ingeniero general ciudadano coronel. Tal título le quedó como una coraza paquidérmica. Pero él se arrebató con ella y creyó que las fortalezas que hizo en el río Cauca eran más inexpugnables que los muros de Babilonia. En esas estaba, obedeciendo una vez más las órdenes de su jefe de turno, asesorando a militares federalistas en Cundinamarca, cuando Pablo Morillo avisó su entrada a Santafé. Los jefes criollos se desplumaron y huyeron en desbandada. Caldas tomó el camino de Popayán. Allí, Juan Sámano coordinaba la represión y lo apresó en la hacienda de Paispamba. El reo suplicó que lo remitieran a Quito donde podía perdonársele la vida. Sámano, que ambicionaba un ascenso de manos de Morillo, lo envió a Santafé para que lo juzgaran. En una de las aulas de su antiguo colegio detestado, lleno de frío y hambriento, Caldas terminó de escribir su última carta a Pascual Enriles, segundo en el mando de las tropas de la Reconquista. En esas líneas, el prócer se arrepiente de sus años subversivos. Pide perdón, besa la mano del mismo Enriles, de Morillo, de los otros superiores, hasta llegar al rey de España. Para dulcificar a los verdugos, dice no haber tomado nunca un arma, ni jamás haberle hecho daño alguno a un español. Insiste en que él ha sido un naturalista fervoroso, un hombre católico, un amante de la paz con-

sumido por las hogueras de la libertad. Explica que solo él puede llevar a cabo lo que Mutis no pudo jamás terminar con la Expedición Botánica. Y estos argumentos quizás eran verdaderos. Aunque es triste, y las tripas de la compasión se revuelven, cuando un sabio decide arrodillarse ante la real estolidez. Era el miedo, opinan los que defienden a Caldas por encima de sus retractaciones apocadas. La desesperación de un hombre inteligente que veía todos sus esfuerzos conducidos al vacío. Morillo y Enriles, por supuesto, desoyeron sus súplicas acobardadas. Antes de ir al patíbulo, Caldas pensó en muchas cosas. Pensó en herbarios enormes, en cartas astronómicas imprecisas, en manuscritos cuyo mérito era acercarse rengamente a la verdad de los acontecimientos. Pensó en volcanes bravíos, en árboles sin nombre, en ríos caudalosos. Pensó en el inmenso berenjenal de datos dejados por Mutis y en las láminas florales de sus amigos pintores. Así pasó, entre la excitación y el desconcierto, sus últimas horas. Pero, ¿en cuál de estas impresiones estaba la clave de su salvación? En ninguna, por supuesto. En la plazuela de San Francisco le descargaron ocho tiros por la espalda. Una tronera le zanjó el pecho. La sangre le salió como un grito escandaloso por las orejas, la boca y la nariz. Cuando sus ojos se cerraron, la garúa bogotana le mojaba el pelo con inclemencia insidiosa. Y una de esas neblinas, tan sabias en tornar difusas las vistas, iba posándose sobre todas las cosas.







*Anexo N° 1*  
*Epistolario de Caldas*

*Friedrich Wilhelm Alexander von Humbolt.*  
Fragmento del cuadro al óleo “Elencuentro”  
por William Pantoja, 2011, Fundación  
Popayán, Casa Caldas - Popayán. Tomada  
de: En Caldas Francisco José de, Cartas de  
Caldas Ilustradas, recopiladas y publicadas  
por la Universidad Distrital Francisco  
José de Caldas, Academia Colombiana  
de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales,  
Asociación de amigos de la Casa Museo  
Caldas, Bogotá: Universidad Francisco  
José de Caldas, 2016, p. 523.